

ALDOUS HUXLEY

ALDOUS HUXLEY

LA ISLA

Traducción de Floreal Mazía



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Island*

Traducción de Floreal Mazía

Diseño de la cubierta: Edhasa

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Primera edición: noviembre de 2009

Octava reimpresión: julio de 2018

© 1977, Laura Huxley

© de la presente edición: Edhasa, 1986, 2009

Diputación, 262, 2º 1ª Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
08007 Barcelona C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. 93 494 97 20

Tel. (11) 43 933 432

España

Argentina

E-mail: info@edhasa.es

E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-1861-6

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

Impreso en CPI

Depósito legal: B-39.135-2011

Impreso en España

A Laura

Al elaborar un ideal podemos dar por
supuesto lo que deseamos, pero es
necesario evitar las imposibilidades.

ARISTÓTELES

Capítulo I

–Atención –comenzó a llamar de pronto una voz, y fue como si un oboe se hubiese vuelto de pronto capaz de pronunciación articulada–. Atención –repitió con el mismo tono alto, nasal y monócorde.

Echado como un cadáver entre las hojas muertas, el cabello enmarañado, el rostro grotescamente sucio y magullado, Will Farnaby despertó con un sobresalto. Molly lo había llamado. Hora de despertar. Hora de vestirse. No se podía llegar tarde a la oficina.

–Gracias, querida –dijo, y se incorporó. Un agudo dolor le apuñaló la rodilla derecha, y sintió otros tipos de dolor en la espalda, los brazos, la frente.

–Atención –insistió la voz sin el menor cambio de tono. Apoyado en un codo, Will miró en torno y vio con desconcierto, no el empapelado gris y las cortinas amarillas de su dormitorio de Londres, sino un claro entre árboles y las largas sombras y luces sesgadas de las primeras horas de la mañana en un bosque.

¿Atención?

¿Por qué decía atención?

—Atención. Atención —insistió la voz... ¡Qué extraña, qué insensata!

—¿Molly? —preguntó—. ¿Molly?

El nombre pareció abrir una ventana dentro de su cabeza. De pronto, con esa sensación de culpa horriblemente familiar en la boca del estómago, olió el formol, vio a la pequeña y vivaz enfermera corriendo delante de él por el pasillo verde, oyó el seco crujir de su uniforme almidonado.

—Número cincuenta y cinco —decía la enfermera; se detuvo y abrió una puerta blanca. Él entró y allí, en una alta cama blanca, estaba Molly. Molly, con la mitad de la cara cubierta de vendas y la boca cavernosamente abierta.

—Molly —gritó—, Molly... —Se le quebró la voz y rompió a llorar, implorando—. ¡Querida mía! —No recibió respuesta. A través de la boca abierta la rápida y jadeante respiración surgía ruidosa, una y otra vez—. Querida mía, querida... —De pronto, la mano que sostenía cobró vida por un instante. Luego volvió a quedar inmóvil.

—Soy yo —dijo—, Will.

Los dedos se agitaron una vez más. Lentamente, en lo que era sin duda un enorme esfuerzo, se cerraron sobre los de él, los apretaron y volvieron a aflojarse, inertes.

–Atención –llamó la voz inhumana–. Atención.

Había sido un accidente, se apresuró a asegurarse. El camino estaba mojado, el coche había patinado sobre la línea blanca. Era una de esas cosas que suceden a cada momento. Los periódicos están repletos de ellas; él mismo había informado de decenas de esos accidentes. «Madre y tres niños muertos en violento choque...» Pero eso no venía al caso. El caso es que cuando ella le preguntó si eso era el fin, él le dijo que sí; el caso era que menos de una hora después de terminado el último y vergonzoso encuentro bajo la lluvia, Molly se encontraba en la ambulancia, agonizante.

Will no la miró cuando ella se volvió para alejarse, no se atrevió a mirarla. Contemplar una vez más el pálido rostro sufriente habría sido demasiado para él. Ella se había levantado de la silla y cruzado la habitación con lentitud, para irse lentamente de su vida. ¿Debía llamarla, pedirle que lo perdonase, decirle que aún la amaba? ¿La había amado alguna vez?

Por centésima vez, el oboe vocal le exigió atención.

Sí, ¿la había amado?

–Adiós, Will. –Recordó el susurro de Molly cuando se volvió en el umbral. Y fue ella quien lo dijo... en un murmullo, desde lo hon-

do del corazón—. Sigo amándote, Will... a pesar de todo.

Un momento después la puerta del apartamento se cerró tras ella casi sin un sonido. Un pequeño chasquido seco, y Molly ya no estaba allí.

Él se puso de pie de un salto, corrió a la puerta y la abrió, escuchando los pasos que se alejaban por la escalera. Como un fantasma al alba, un leve perfume familiar persistía, a punto de desaparecer, en el aire. Volvió a cerrar la puerta, entró en su dormitorio gris y amarillo y miró por la ventana. Pasaron unos segundos y la vio cruzar e introducirse en el coche. Oyó el chirrido del arranque, una, dos veces, y luego el ronroneo del motor. ¿Debía abrir la ventana? «Espera, Molly, espera», se escuchó gritar con la imaginación. La ventana permaneció cerrada; el auto comenzó a avanzar, dobló en la esquina y la calle quedó desierta. Era demasiado tarde. Demasiado tarde, ¡gracias a Dios!, dijo una grosera voz burlona. ¡Sí, gracias a Dios! Y sin embargo, ahí estaba el sentimiento de culpa en la boca del estómago. La culpabilidad, la dentellada del remordimiento... pero a través del remordimiento podía sentir un horrible regocijo. Alguien indigno, obscuro y brutal, alguien extraño y odioso, que sin embargo era él mismo, pensaba alborozadamente que ahora no había nadie

que le impidiera tener lo que deseaba. Y lo que deseaba era un perfume distinto, la calidez y elasticidad de un cuerpo más joven.

—Atención —dijo el oboe—. Sí, atención a la fragante habitación de Babs, con su alcoba de color frambuesa, sus dos ventanas que daban sobre Charing Cross Road y que eran contempladas toda la noche por el parpadeante resplandor de un enorme letrero de Porter's Gin situado en la acera de enfrente. Ginebra en regio carmesí... y durante diez segundos la alcoba era el Sagrado Corazón, durante diez milagrosos segundos la arrebolada cara tan próxima a la de él resplandecía como la de un serafín, transfigurada como por un fuego interno de amor. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Ah, Dios, que siga eternamente! Pero puntualmente al contar diez el reloj eléctrico encendía otra revelación... pero de muerte, del horror esencial; porque las luces, entonces, eran verdes, y durante diez repugnantes segundos la rosada alcoba de Babs se convertía en un útero de barro, y en la cama la propia Babs tenía un color cadavérico, como de un cadáver galvanizado en epilepsia póstuma. Cuando el Porter's Gin se proclamaba en verde, resultaba difícil olvidar lo sucedido y quién era uno. Lo único que se podía hacer era cerrar los ojos y hundirse —si se podía— más profundamente en el otro mundo de sensualidad, hundirse violenta, deli-

beradamente, en el enajenador frenesí al que la pobre Molly –Molly («Atención») con sus vendajes, Molly en su húmeda tumba de Highgate, y Highgate, por supuesto, era el motivo de que uno cerrase los ojos cada vez que la luz verde convertía la desnudez de Babs en un cadáver– había sido siempre tan totalmente ajena. Y no sólo Molly. Detrás de sus párpados cerrados, Will veía a su madre, pálida como un camafeo, el rostro espiritualizado por el sufrimiento aceptado, las manos convertidas en monstruosas y subhumanas por la artritis. Su madre, y, detrás de su sillón de ruedas, casi al borde de la obesidad, temblando como gelatina con todos los sentimientos que jamás habían encontrado expresión en el amor consumado, su hermana Maud.

–¿Cómo puedes hacer eso, Will?

–Sí, ¿cómo puedes? –repetía Maud, llorosa, con su vibrante voz de contralto.

No había respuesta. Es decir, no la había en palabras que pudiesen ser pronunciadas en presencia de ellas y que, una vez pronunciadas, esas dos mártires –la madre de su desdichado matrimonio, la hija de la piedad filial– pudiesen entender. No había respuesta, a no ser en palabras de la más obscena objetividad científica, de la más inadmisibles franqueza. ¿Cómo podía hacer eso? Podía hacerlo, todas las razones prácticas lo obligaban a hacerlo, porque... bueno, porque Babs

tenía ciertas particularidades físicas que Molly no poseía y en ciertos momentos se comportaba de un modo que a Molly le habría resultado impensable.

Se había producido un prolongado silencio; pero ahora, de repente, la extraña voz repitió su antiguo estribillo:

—Atención. Atención.

Atención a Molly, atención a Molly y a su madre, atención a Babs. Y de súbito otro recuerdo surgió de la bruma de vaguedad y confusión. La alcoba color frambuesa de Babs albergaba a otro huésped, y el cuerpo de su dueña se estremecía extáticamente con las caricias de otro. A la culpa que pesaba en el estómago se agregó entonces una angustia que atenazaba el corazón, un agrotamiento de la garganta.

—Atención.

La voz se había acercado, llamaba desde arriba, a la derecha. Volvió la cabeza, trató de incorporarse para ver mejor; pero el brazo que sostenía su peso comenzó a temblar, cedió y el cuerpo cayó otra vez entre las hojas. Demasiado fatigado para continuar recordando, se quedó echado durante largo tiempo, mirando a través de los párpados entrecerrados. ¿Dónde estaba y cómo demonios había llegado allí? No porque eso tuviese importancia... Por el momento nada tenía importancia, salvo ese dolor, esa debilidad aniqui-

ladora. De cualquier modo, como cosa de interés científico...

Ese árbol, por ejemplo, bajo el cual (por ningún motivo que pudiese conocer) se encontraba, esa columna de corteza gris, con la bifurcación, muy en lo alto, de ramas moteadas por el sol, tenía que ser un haya. Pero en ese caso —Will se admiró por ser tan lúcidamente lógico—, en ese caso las hojas no tenían derecho a ser tan sin duda alguna perennes. ¿Y por qué un haya habría de sacar sus raíces por sobre la superficie del suelo? Y los absurdos puntales de madera en los que se apoyaba la pseudohaya... ¿en qué forma encajaban en el cuadro? Will recordó de pronto su peor verso favorito: «¿Quién apuntaló, preguntas, en aquella época mi espíritu?». Respuesta: ectoplasma congelado, Dalí primitivo. Cosa que excluía definitivamente los Chiltern. Lo mismo que las mariposas que revoloteaban en el denso sol mantecoso. ¿Por qué eran tan grandes, tan increíblemente cerúleas, de ojos y motas tan extravagantes? Púrpura sobre castaño, plata espolvoreada sobre esmeralda, sobre topacio, sobre zafiro.

—Atención.

—¿Quién está ahí? —preguntó Will Farnaby, con voz que pretendía ser fuerte y formidable; pero lo único que salió de su boca fue un graznido leve y tembloroso.

Hubo un silencio prolongado y, en apariencia, profundamente amenazador. Desde el hueco de entre dos puntales de árboles apareció por un momento un enorme ciempiés negro; luego se alejó corriendo sobre su regimiento de patas carmesíes y desapareció en otra hendidura del ectoplasma cubierto de líquen.

—¿Quién está ahí? —graznó otra vez.

Hubo un susurro de hojas entre los matorrales de la izquierda y de repente, como un cucú de un reloj de habitación infantil, surgió un enorme pájaro negro, del tamaño de un grajo... sólo que, ni falta hace decirlo, no era un grajo. Agitó un par de alas con las puntas blancas y, hendiendo el espacio, se posó en la rama más baja de un arbolillo muerto, a unos cinco metros de donde se encontraba Will. Advirtió que su pico era anaranjado y tenía un manchón implume, amarillento, debajo de cada ojo, barbas color canario que le cubrían los costados y la parte trasera de la cabeza con una gruesa peluca de carne desnuda. El pájaro inclinó la cabeza y lo miró primero con el ojo derecho y luego con el izquierdo. Después abrió el pico anaranjado, silbó diez o doce notas de una pequeña melodía en escala pentatónica, hizo un ruido como de quien tiene hipo y, en una frase canturreada, *do sol do*, dijo: «Ahora y aquí, muchachos; ahora y aquí, muchachos».

Las palabras oprimieron un disparador, y súbitamente lo recordó todo. Ésa era Pala, la isla prohibida, el lugar que ningún periodista había visitado nunca. Y ahora debía de ser la mañana siguiente a la tarde en que cometió la tontería de zarpar solo de la bahía de Rendang-Lobo. Lo recordó todo: la blanca vela curvada por el viento en imitación de un gigantesco pétalo de magnolia, el agua hirviendo en la proa, el chisporroteo de diamantes en las crestas de las olas, y entre una y otra, el jade arrugado de las aguas. Y hacia el este, al otro lado del estrecho, ¡qué nubes, qué prodigios de blancura esculpida sobre los volcanes de Pala! Y sentado ante la caña del timón se sorprendió cantando... se sorprendió, cosa increíble, en el acto de sentirse inequívocamente feliz.

—Tres, tres para los rivales —había declamado al viento.

—Dos, dos para los jóvenes puros, ataviados de verde. Uno es uno, y está solo...

Sí, solo. Completamente solo en la enorme y extensa joya del mar.

—Y siempre será así.

Después de lo cual, ni qué decirlo, sucedió aquello contra lo cual lo habían prevenido todos los marinos cautelosos y experimentados. El negro chubasco salido de ninguna parte, el repentino e insensato frenesí del viento y la lluvia y las olas...

—Ahora y aquí, muchachos —entonó el pájaro—. Ahora y aquí, muchachos.

Lo realmente extraordinario era que estuviese ahí, reflexionó, bajo los árboles, y no allá, en el fondo del estrecho de Pala, o, peor aún, hecho pedazos al pie de los arrecifes. Porque incluso después de que logró, por puro milagro, llevar el yate semihundido a través de las rompientes y encallararlo en la única playa de arena de todos los kilómetros de costa rocosa de Pala, aun entonces no había terminado todo. Los riscos se erguían sobre él, pero en la boca de la cueva había una especie de barranco por el cual descendía un pequeño torrente en una sucesión de delgadas cascadas, y entre las paredes de caliza gris crecían árboles y arbustos. Ciento ochenta o doscientos metros de ascensión en la roca... con zapatos de tenis y todos los puntos de apoyo resbaladizos por el agua. Y después, ¡Dios!, las serpientes. Una negra, enroscada en la rama de la cual se sostenía para subir. Y cinco minutos después, una verde, enorme, en el saliente a que se disponía a trepar. Al terror había sucedido un terror infinitamente más grande. La visión de la serpiente le sobresaltó, le obligó a retirar el pie con violencia, y ese movimiento repentino e impremeditado le hizo perder el equilibrio. Durante un largo y angustioso segundo, con la espantosa conciencia de que ése era el fin, se tambaleó en el borde. Lue-

go cayó. La muerte, la muerte, la muerte. Y entonces, con el ruido de madera astillada en los oídos, se encontró aferrado a las ramas de un arbolillo, el rostro arañado, la rodilla derecha magullada y sangrante, pero vivo. Reinició penosamente la ascensión. Experimentaba un dolor insoportable en la rodilla, pero siguió trepando. No había otra alternativa. Y entonces empezó a disiparse la luz. Al final ascendía casi en la oscuridad, movido por la fe, por la desesperación pura.

—Ahora y aquí, muchachos —gritó el pájaro.

Pero Will Farnaby no estaba ni en ese lugar ni en ese momento. Estaba en la pared de roca, estaba en el terrible momento de la caída. Las hojas secas crujieron bajo su cuerpo; tembló. Violenta, incontrolablemente, tembló de pies a cabeza.

Capítulo II

De repente, el ave dejó de hablar y rompió a gritar. Una aguda vocecita humana dijo «¡Mynah!», y luego agregó algo en un idioma que Will no entendió. Hubo un ruido de pasos sobre hojas secas. Luego un grito de alarma. Después, silencio. Will abrió los ojos y vio a dos primorosos niños contemplándolo con los ojos enormemente abiertos de asombro y de fascinado horror. El más pequeño era un chiquillo de cinco o quizá seis años, ataviado sólo con un taparrabos verde. A su lado, llevando un cesto de frutas en la cabeza, había una niña cuatro o cinco años mayor. Tenía unas faldas color carmesí que le llegaban casi hasta los tobillos; pero por encima de la cintura estaba desnuda. A la luz del sol, su piel brillaba como un cobre pálido teñido de rosa. Will los contempló. ¡Qué hermosos eran, y qué perfectos, qué extraordinariamente elegantes! Como dos pequeños potrillos de raza. Un potrillo rotundo y robusto, con un rostro de querubín... así era el niño. Y la chiquilla era otro tipo de animalito de raza, delicado, de carita más bien

larga y grave, enmarcada por dos trenzas de cabello negro.

Hubo un chillido más. Encaramado en el árbol muerto, el pájaro se agitaba, nervioso; después, con un chillido final, se zambulló en el aire. Sin apartar la mirada del rostro de Will, la niña tendió la mano en un gesto de invitación. El pájaro aleteó, se posó, batió alocadamente las alas, encontró su equilibrio, plegó las alas y comenzó a hipar. Will observaba sin sorprenderse. Todo era posible ahora... todo. Incluso los pájaros parlantes que se posaban en el dedo de un niño. Trató de sonreírles, pero los labios le temblaban aún, y lo que estaba destinado a ser un signo de amistad debió de parecer una mueca aterradora. El chiquillo se ocultó detrás de su hermana.

El pájaro dejó de hipar y empezó a repetir una palabra que Will no entendió. «Runa»... ¿Era así? No. «Karuna.» Sí, decididamente «Karuna».

Levantó una temblorosa mano y señaló las frutas del redondo cesto. Mangos, bananas... la boca reseca se le hacía agua.

—Hambre —dijo. Luego, intuyendo que en esas exóticas circunstancias la niña podía entenderlo mejor si imitaba a un chino de comedia musical, especificó—: Mí muy hambriento.

—¿Quiere comer? —preguntó la niña en perfecto inglés.

—Sí... comer —repitió él—. Comer.

—¡Vuela, mynah! —La chiquilla retiró la mano. El ave lanzó un graznido de protesta y volvió a su percha del árbol muerto. Elevando los delgados bracitos en un gesto que era como el de una bailarina, la niña levantó la cesta sobre la cabeza y la depositó en el suelo. Eligió una banana, la peló y, entre temerosa y compasiva, avanzó hacia el desconocido. En su incomprensible lenguaje, el chiquillo lanzó un grito de advertencia y se aferró de sus faldas. Con una palabra tranquilizadora, la niña se detuvo, fuera de peligro, y tendió la fruta.

—¿La quiere? —preguntó.

Temblando aún, Will Farnaby extendió la mano. Con suma cautela, la chiquilla se adelantó, volvió a detenerse y, acuclillándose, le observó con atención.

—Rápido —pidió Will en una agonía de impaciencia.

Pero la niña no quería correr riesgos. Con la vista clavada en su mano, para anticiparse a toda señal de un movimiento sospechoso, se inclinó hacia adelante y extendió el brazo con cautela.

—Por amor de Dios —imploró él.

—¿Dios? —repitió la niña con repentino interés—. ¿Qué Dios? —inquirió—. Hay muchos.

—Cualquier condenado Dios que te plazca —contestó él con impaciencia.

—En realidad no me complace ninguno —replicó ella—. Me gusta el Compasivo.

—Entonces sé compasiva conmigo —suplicó Will—. Dame esa banana.

La expresión de la niña cambió.

—Perdón —dijo, disculpándose. Se irguió, dio un rápido paso hacia adelante y dejó caer la fruta en la mano temblorosa del hombre.

—Ahí tienes —dijo, y, como un animalito que elude una trampa, saltó hacia atrás, fuera del alcance de Will.

El chiquillo aplaudió y lanzó una carcajada. La niña se volvió y le dijo algo en su incomprendible lenguaje. Él movió afirmativamente la redonda cabeza, dijo «Muy bien, jefa», y se alejó trotando, por entre una cortina de mariposas azules y sulfúreas, hundiéndose en las sombras del rincón más lejano del claro.

—Le he dicho a Tom Krishna que vaya a buscar a alguien —explicó la niña.

Will terminó de comer la banana y pidió otra, y luego una tercera. A medida que disminuía su hambre, experimentaba necesidad de satisfacer su curiosidad.

—¿Cómo es que hablas tan bien en inglés? —preguntó.

—Porque todos hablan en inglés —respondió ella.

—¿Todos?

—Quiero decir, cuando no hablan en palanés. —Como el tema no le resultaba interesante, agitó una manita y silbó.

—Ahora y aquí, muchachos —repitió el pájaro una vez más, y bajó aleteando de su percha en el árbol muerto y se posó en el hombro de la niña. Ésta peló otra banana, entregó dos tercios a Will y ofreció el resto al mynah.

—¿El pájaro es tuyo? —preguntó Will.

Ella meneó la cabeza.

—Los mynah son como la luz eléctrica —declaró—. No pertenecen a nadie.

—¿Por qué dice esas cosas?

—Porque alguien se las enseñó —respondió la chiquilla con paciencia. ¡Qué burro!, parecía insinuar su tono.

—¿Pero por qué le enseñan esas cosas? ¿Por qué «Atención»? ¿Por qué «Ahora y aquí»?

—Bien... —Buscó las palabras correctas para explicar lo evidente a ese extraño imbécil—. Eso es lo que uno siempre olvida, ¿no es así? Quiero decir, uno se olvida de prestar atención a lo que sucede. Y eso equivale a no estar ahora y aquí.

—Y los mynah vuelan de un lado a otro recordándolo... ¿es eso?

La niña asintió. Por supuesto, era eso. Hubo un silencio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

Will se presentó.

–Yo me llamo Mary Sarojini MacPhail.
–¿MacPhail? –No era muy admisible.
–MacPhail –aseguró la chiquilla.
–¿Y tu hermanito se llama Tom Krishna?
–Ella asintió—. ¡Bueno, qué me dices!

–¿Llegaste a Pala por avión?

–Vine del mar.

–¿Del mar? ¿Tienes un barco?

–Lo tenía. –Will recordó las olas rompiendo sobre la embarcación encallada, oyó, con el oído interior, el estrépito de su impacto. Bajo el interrogatorio de la niña, le relató lo que había sucedido. La tormenta, la varadura del bote, la larga pesadilla de la ascensión, las serpientes, el horror de la caída... Comenzó a temblar de nuevo, con más violencia que antes.

Mary Sarojini escuchó con atención y sin hacer comentarios. Luego, cuando la voz de Will vaciló y finalmente se quebró, se adelantó, y, con el pájaro todavía encaramado en su hombro, se arrodilló junto a él.

–Escucha, Will –dijo, poniéndole una mano en la frente—. Tenemos que librarnos de eso. –Su tono era profesional y serenamente autoritario.

–Ojalá supiera cómo –respondió él, castañeteando los dientes.

–¿Cómo? –repitió la niña—. Pues en la forma acostumbrada, por supuesto. Vuelve a hablar-me de esas serpientes, y de cómo te caíste.

–No quiero –dijo él, meneando la cabeza.

–Claro que no quieres –dijo ella–. Pero tienes que hacerlo. Escucha lo que dice el mynah.

–Ahora y aquí, muchachos –continuaba exhortando el pájaro–. Ahora y aquí, muchachos.

–No puedes estar ahora y aquí –continuó la niña– hasta que te hayas librado de esas serpientes. Dime.

–No quiero, no quiero. –Estaba al borde de las lágrimas.

–Entonces jamás te librarás de ellas. Reptarán toda la vida dentro de tu cabeza. Y te lo tendrás merecido –agregó Mary Sarojini con severidad.

Él trató de dominar los temblores, pero su cuerpo había dejado de pertenecerle. Algún otro se había hecho cargo de él, alguien malévolamente decidido a humillarlo, a hacerlo sufrir.

–Recuerda lo que sucedía cuando eras niño –le decía Mary–. ¿Qué hacía tu madre cuando te lastimabas?

Lo tomaba en sus brazos, le decía «Mi pobre niño, mi pobre niño».

–¿Hacía eso? –Mary habló con un tono de escandalizado asombro–. ¡Pero es espantoso! Es la mejor forma de hacerlo permanente. «Mi pobre niño» –repitió, burlona–; debe de haberte seguido doliendo durante horas enteras. Y es seguro que no lo olvidarías nunca.

Will Farnaby no hizo comentario alguno; permaneció echado en silencio, sacudido por irreprimibles estremecimientos.

—Bueno, si no lo haces tú, lo haré yo en tu lugar. Escucha, Will: había una serpiente, una gran serpiente verde, y tú casi la pisaste. Casi la pisaste, y te dio un susto tan grande, que perdiste el equilibrio y caíste. Y ahora dilo... ¡Dilo!

—Casi la pisé —susurró él obediente—. Y entonces... —No pudo decirlo—. Y entonces caí —pronunció al cabo, con voz casi inaudible.

Todo el horror volvió a caer sobre él... la náusea del miedo, el sobresalto de pánico que le había hecho perder el equilibrio, y luego un miedo peor aún y la tremenda certidumbre de que eso era el fin.

—Dilo otra vez.

—Casi la pisé. Y entonces...

Se oyó gimotear.

—Está bien, Will. ¡Llora... llora!

El gimoteo se convirtió en un gemido. Avergonzado, apretó los dientes y los gemidos cesaron.

—No, no hagas eso —exclamó Mary—. Déjalo salir, si quiere. Recuerda la serpiente, Will. Recuerda cómo caíste.

Los gemidos volvieron a estallar, y se estremeció con más violencia que antes.

—Y ahora dime lo que ocurrió.

—Pude verle los ojos, la lengua que aparecía y se ocultaba.

—Sí, pudiste verle la lengua. ¿Y qué sucedió luego?

—Perdí el equilibrio, caí.

—Dilo otra vez, Will. —Éste sollozaba ahora—. Dilo de nuevo —insistió ella.

—Caí.

—Otra vez.

Le estaba haciendo pedazos, pero lo dijo:

—Caí.

—Otra vez, Will. —Mary era implacable—. Otra vez.

—Caí, caí. Caí...

Los sollozos disminuyeron gradualmente. Las palabras surgían con más facilidad y los recuerdos que despertaban eran menos dolorosos.

—Caí —repitió por centésima vez.

—Pero la caída no fue muy larga —dijo Mary Sarojini.

—No, no fue muy larga —admitió él.

—Y entonces, ¿a qué viene toda la alharaca? —inquirió la niña.

No había malicia ni ironía en su tono, ni la menor insinuación de censura. Formulaba una pregunta sencilla y directa que exigía una respuesta sencilla y directa. Sí, ¿a qué venía tanta alharaca? La serpiente no le había mordido; no se había roto el cuello. Y de cualquier manera to-

do aquello había sucedido la víspera. Hoy estaban las mariposas, el pájaro que le llamaba a uno la atención, la extraña niña que le hablaba a uno como una tía severa, que parecía un ángel salido de una mitología poco familiar y que, a cinco grados del ecuador, se llamaba, créase o no, MacPhail. Will Farnaby lanzó una carcajada.

La chiquilla palmoteó y rió también. Un momento más tarde el pájaro posado sobre su hombro se unió a ellos en carcajada tras carcajada de fuerte risa demoníaca, que llenó el claro y repercutió entre los árboles, de modo que todo el universo pareció desternillarse con la enorme broma que era la existencia.